



Miles de héroes en las calles

Ciudadanos de a pie lucharon hasta la muerte **PÁGINAS 4 Y 5**



Independentismo en ultramar

Bolívar alienta movilizaciones desde Caracas **PÁGINA 7**

El Rey, a merced de Bonaparte

Fernando VII y Carlos IV, 'rehenes' en Bayona **PÁGINA 8**



Multitud de madrileños fueron fusilados por los soldados franceses. El cuadro de Goya refleja la muerte de los que fueron llevados a la montaña del Príncipe Pío.

Madrid se subleva contra Napoleón

Las tropas francesas pasan a fuego a cientos de personas al aplastar sanguinariamente la rebelión popular contra la ocupación de la capital

RAFAEL FRAGUAS
Montaña del Príncipe Pío

Una cortina de furia y tristeza se abatió de madrugada sobre Madrid. La villa permanecía replegada sobre sí misma, lacerada por el dolor de los hechos acaecidos durante la jornada: un millar de cadáveres y agonizantes, entre vecinos y soldados franceses, estaban tendidos aún sobre las calles. Pocos habían tenido la fortuna de ser recogidos en carretas de las calles.

Madrid volvía ahora, entrada la noche, a estremecerse entre descargas de fusilería de pelotones franceses de ejecución que

con sus ecos de muerte y de lamentos llegaban desde la Montaña del Príncipe Pío. “¡Viva Fernando, viva España!” se oía gritar a los desdichados. Bajo un cielo granate, el antes ameno paisaje era ahora sombrío patíbulo de una bárbara venganza. 43 patriotas que permanecían alineados ante una tapia mampostera, acababan de entregar sus vidas a las tropas usurpadoras.

“¡Son demonios, han matado niños y mujeres y blasfeman sobre los muertos!” susurraba aún jadeante Juan Suárez al cronista, ocultos tras un alejado tapial mampostero de la hacienda regia, contigua la Monta-

ña, hasta donde él había gateado. Mientras era conducido a la muerte Suárez rodó por un talud y escapó.

Desde primera hora del día,

blandiendo armas cortas y alguna escopeta, gentes como él se habían atrevido a arrojar a las calles para impedir que las tropas de Napoleón, señor de

Europa, se adueñaran de la ciudad y de España.

En las filas de los que iban a morir se distinguía más de un muchachito cadete; una mujer de identidad desconocida; un tonsurado, Francisco Gallego, y, sobre todo, hombres graves, recios: jornaleros, aparceros, sastres, ordenanzas, algún empleado de palacio y el picapedrero Martín Ruicavado: a voces insultaba a quienes así le arrancaban la vida. Sólo les quedaba consigo la indómita valentía que mostraron en su aventura imposible de ayer, 2 de Mayo de 1808.

EDITORIAL

¡Contra la invasión!

LA CATÁSTROFE que se fraguaba desde que Napoleón Bonaparte puso sus ojos sobre España se ha desencadenado, y ahora sólo cabe hacer frente a una espiral de muerte y destrucción de la que los franceses se resistirán a salir humillados y nosotros, los españoles, no podremos rendirnos sin sacrificar la libertad.

PASA A LA **PÁGINA 6**

PASA A LA **PÁGINA 2**